

ELLOS SABEN SI SOY O NO SOY

por

Elpidia García Delgado



Chihuahua
GOBIERNO DEL ESTADO



Instituto
Chihuahuense
de la Cultura



CONACULTA

*F*ICTICIA

MÉXICO

2014

ELLOS SABEN SI SOY O NO SOY

D.R. © Elpidia García Delgado

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Jeffrey Richter, por “Mujer mecánica”, imagen de portada

Primera edición: marzo 2014

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

POR EL GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIHUAHUA

Lic. César Horacio Duarte Jáquez

Gobernador Constitucional

Ing. Pablo Espinoza Flores

Secretario de Educación, Cultura y Deporte

POR EL INSTITUTO CHIHUAHUENSE DE LA CULTURA

Arq. Fermín Gutiérrez Galindo

Director

Lic. Gonzalo R. García Terrazas

Desarrollo Artístico

Instituto Chihuahuense de la Cultura

Av. Universidad y División del Norte s/n, Col. Altavista

C.P. 31000 Chihuahua, Chihuahua (614)214 4800, ext. 115

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor de Ficticia Editorial.

ISBN: 978-607-521-040-7

Impreso y hecho en México

ELLOS SABEN SI
SOY O NO SOY

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 46

A Ricardo Viguera, totalmente

A mi hijo Áyax y mis
nietos Gala y Zeth

A mis amigos de la maquila

MAQUILAS
QUE MATAN

ESCALERA ROTA

Cantar alivia el alma. Nos hace sentir vivos. Por eso los trabajadores de la maquila cantan mientras trabajan. Los más alegres se contonean al ritmo de la melodía; otros, sólo escuchan o tararean en voz baja. La música humaniza el paisaje de maquinarias en funcionamiento y cables eléctricos que cuelgan del techo iluminado con lámparas de neón. Rompe la monotonía de su traqueteo. Mientras la oyen, se sienten fuera estando dentro, olvidan sus problemas. Yo también cantaba como ellos.

Hoy han repetido la misma canción varias veces en el destartalado aparato de radio que descansa en un rincón. La que oía en casa y en el autobús que me llevaba a la fábrica, la que yo también canté a toda voz mientras hacía mi trabajo. Creo que eso fue hace mucho tiempo.

Con mi corazón no juegues más.
Tómalo todo o déjame en paz.

He dejado de oír a los otros. Mi voz sólo la escucho yo y tal vez aquellos con quienes me cruzo de vez en cuando en los pasillos: René, el que tiene una cara muy pálida y la marca de un corte en el cuello. Va por ahí ocultando las navajas de seguridad que se encuentra mientras llama a

su esposa Laura. Y Otoniel, el de los ojos espantados. En realidad, no conozco sus nombres, me llegaron de pronto y se los puse. El mío lo he olvidado. Lo olvido todos los días hasta que René y Otoniel me llaman Marcela cuando los encuentro y entonces lo recuerdo; luego dejo de hacerlo en cuanto se alejan. Así me fui olvidando poco a poco de todo: de comer, de dormir, de mi familia y hasta de mis propias facciones.

Los tres estamos atrapados en las paredes de este enorme edificio que recorreremos como perdidos en el desierto o como náufragos a la deriva en el mar. Me asomo a las ventanas y veo el fluir interminable de los coches en las cuatro calles que rodean el edificio, el polvo y el humo que dejan a su paso, el anuncio luminoso de la esquina, las fluctuaciones de color en el cielo y los diseños cambiantes de las nubes. La vida que rebulle cada amanecer me invita a fundirme en su ritmo como al baile incita la melodía de una orquesta. Pero a cualquier intento que hago de poner un pie fuera, algo poderoso me lo impide. Un demiurgo decretó nuestro cautiverio. ¿Hasta cuándo, por qué se nos expulsó de la vida y fuimos condenados a esta locura, cuál fue el pecado?

Todos los días, a las seis de la mañana, las luces se encienden poco antes de que cientos de trabajadores entren a la fábrica y ocupen sus lugares al mismo tiempo que el sonar del timbre que ya no percibo. Luego encienden las máquinas y a partir de ese momento todo es ir y venir. Empiezan sus nueve horas de ajeteo. Los materiales entran por un extremo de las bandas y salen transformados en televisores por el otro. Los ensamblan y llevan de un área de producción a otra, los prueban y empaacan. Sin embargo, su presencia —imágenes sin sonido— no mitiga esta soledad que me angustia. No sé si todos ellos son alucinaciones o refle-

jos de otros tiempos, cuando quizá yo también trabajé aquí. Veo el movimiento de sus labios al hablar, pero no advierto sus voces y ellos tampoco la mía.

Trabajan hasta la hora de la comida, entonces paran y se dirigen a la cafetería. En una de las mesas las muchachas ríen. Veo sus rostros transformándose en muecas mientras sus bocas sonrientes se agrandan al tamaño de la pantalla de un cine. Puedo ver las campanillas en el fondo negro de sus gargantas, tintineando al ritmo de las carcajadas. En otra parte, un grupo tiene las caras graves. Adivino sus cuitas mientras hablan entre ellos de sus cosas. Pienso que como yo, ellos también se sienten prisioneros. Pero al final del turno se van, salen, se reintegran a la vida.

Después de que me entretengo mirándolos un rato, las formas mudas se distorsionan hasta convertirse en un cuadro en el que los ojos y las bocas se desfiguran. Los colores de sus ropas y de las cosas se escurren transformándose en una obra grotesca. Las paredes del edificio se curvan y amenazan con derrumbarse y aplastar todo. Las luces se opacan y temo que oscurezcan para siempre. Es entonces que me doy cuenta de que algo hace cortocircuito dentro de mí y amenaza con dejarme en tinieblas para siempre. Para mantenerme despierta canto otra vez.

Si hubiera sabido que eras un problema,
me hubiera alejado de este dilema.

Me refugio en la melodía de la canción que recuerdo y canto para sentir que todavía queda en mí algo de la vida. Advierto una presencia conocida y dejo de cantar.

—¡Eh, Otoniel!, ¿a dónde vas?, ven y siéntate aquí conmigo en las escaleras y deja de vigilar los monitores de seguridad. Ya no eres guardia, ¿sabes?

Sólo intuyo que le grito, pues no sale sonido de mi pecho. Si saliera, parecería una voz en un teléfono al otro lado del mundo, una voz encerrada en un cajón de madera, el susurro en un velatorio.

No me escucha, aunque puede verme y saber lo que estoy diciendo. Cohabítamos este lugar en pasillos paralelos. Él también está solo y loco. Allá va otra vez. Camina como androide solitario, con el cuerpo roto, hasta los muelles de carga de los tráileres. Desfila por ese camino una y otra vez con la mirada perdida, llena de un susto que se le instaló cuando una tonelada delante y otra detrás le hicieron estallar los dentros y romper costillas y columna. En esa hora de su fin, cuando revisaba el estado de uno de los camiones en el patio, una maniobra imprudente de otro que se acercaba lo prensó contra la puerta de embarques. Sé por qué está aquí sin que me lo haya contado.

Otoniel y René también conocen los detalles de mi propia muerte pero no les importa. Están demasiado ocupados en recordar la suya como para interesarse por la mía.

—¡Otoniel, ven aquí!, deja ya de atormentarte, no hay remedio ni manera de volver atrás, ¿no ves que estamos solos los tres? ¡Acompáñame al menos!

Mis palabras retumban por las paredes, o eso creo. No me hace caso y sigue sus pasos errantes. Tal vez lo encontraré más tarde, quizá mañana, o nunca.

Nada de lo que ocurre existe. Tengo la idea de que poseo un rostro con ciertos rasgos y un cuerpo en el que la sangre tibia aún circula, pero no soy capaz de tocar mi piel, de discernir si siento calor o frío. Aunque el recuerdo de aquello que amé es distante, no por ello es menos vivo. De pronto algo chispea en mi cabeza. Una falla borra la pantalla cinematográfica de mis recuerdos con un zumbido extraño: bzzzzt... zzzzzum... bzzzzt.

Cuando vuelvo a tomar conciencia de mí, despierto con la sensación de alguien a quien hubieran enterrado vivo y lograra sacar la cabeza de la tierra para aspirar una bocanada desesperada.

Advierto la cercanía de René. Su voz que parece llegar de ninguna parte:

—Es que no te quieres dejar ir, Marcela. Yo tampoco, no creas que no te entiendo. Y aquí me voy a quedar hasta que encuentre a Laura. Tiene que estar sufriendo mucho. ¡Mi pobre Laura, la dejé sola con mi hijo!

—René, ¿de dónde has salido? No me di cuenta de que te acercabas.

—¿Y qué esperabas, escuchar mis pasos? —intuí ironía en su gesto socarrón.

—¡No te rías!

—¿Cómo me voy a reír con ese corte tan feo que tienes en el cuello?

—Estaba trabajando en el tercer turno y tenía mucho sueño. Intenté cortar los cinchos de plástico con los que venían flejadas las cajas, estaban muy apretados. Acomodé la navaja con el filo hacia arriba para hacer una palanca y cortar con más fuerza. Luego, no sé cómo pasó que el movimiento del brazo siguió su curso hasta que lo sentí clavarse en mi carne. Un chorro de sangre salió expulsado a presión de la yugular y otro me inundó la garganta. Comprendí la angustia del pez que es arrancado del agua y ya no puede respirar. Lo último que recuerdo son los gritos de mis compañeros mientras me llevaban a la enfermería: “¡Aguanta, René, aguanta, güey!”. Lo que conocía de la vida me abandonaba con la misma prisa que la sangre salía a borbotones de mi cuerpo, pero el recuerdo de Laura y el hijo que esperaba hicieron que me aferrara a esta semivida. Y aquí estoy, cautivo junto a ustedes.

—Me cuentas la misma historia todo el tiempo, René; es aburrida. Ve a hacer tu inútil tarea de esconder navajas. ¿Crees que evitarás otra tragedia? No se puede, cada quien tiene su destino.

—¡Laura! ¿Dónde estás?

Allá va. Lleno de miedo y desesperación. Busca a Laura entre las muchachas. ¡Pobre iluso! Aun cuando la encontrara, sus presencias no podrían tocarse ni verse pues estarían en dimensiones diferentes. Agua y aceite, tierra y aire. Ella también trabajó aquí, pero cuando pasó lo de René dejó de venir.

Hoy, para entretenerme, andaba por las líneas de ensamblaje de televisiones cuando empecé a ver a todos los trabajadores al revés, de cabeza, como reflejados en gotas de agua cayendo por el espejo. Las imágenes invertidas caen, lentamente primero, más rápido después, hasta fundirse en el fondo con todo lo demás que hay en la fábrica en un gran remolino de colores. El disco multicolor gira y el centro se traga todo lo que llega a él. La dislocación de mis sentidos, lo que hace que tenga estas visiones, sólo puede deberse a que mi razón se difumina paulatinamente.

La vida es una escalera. Te dicen que vives para ascender al cielo cuando mueres, pero parece que la mía está rota. Aquí no hay manera de subir o bajar a ninguna parte. Todo es inmóvil hasta que alguien o algo rompan la inercia.

Me asomé hoy como cada día a las ventanas y esta vez todo está cubierto de polvo. Polvo de lustros amontonado en todas partes. Adivino el ulular del viento por las ramas de los árboles plantados en los camellones de los alrededores, moviéndose rítmicamente, por la arena que golpea las ventanas y entra persistente por debajo de las puertas, por

ÍNDICE

MAQUILAS QUE MATAN

ESCALERA ROTA.....	11
EL CONCILIÁBULO DE LOS HALCONES.....	19
CAJA ROJA.....	29
ÉREBO.....	33
HUÉRFANO Y ENANO.....	37
LA CUNA BLANCA.....	43
DANAIDE.....	49
LA DANZA DE LAS SILLAS.....	53
<i>GOOD BYE HONEY!</i>	61
WYXWAYUBAS.....	71
YABADABADÚ.....	79
AVISPÓN MORTAL.....	85

COFRE DE CASCABELES

EN LONTANANZA.....	95
LA CAJA DE ESTRELLAS.....	97
HISTORIAS DE ZAPATOS.....	101
LA CULEBRA.....	105

DESEO.....	107
LAS RATAS DE LA CALLE BABÍCORÁ.....	109
EL VUELO.....	117

LOLE.....	125
ELPORVENIR.....	129
LA CULPA DE LAS FLORES.....	133

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO
librería @ficticia.com
e-books que se pueden adquirir en la Librería virtual de
www.ficticia.com*

1. LOS MÁRTIRES DEL FREEWAY Y OTRAS HISTORIAS /2.ª ed.*
Carlos Martín Briceño
2. PORTARRELATOS*
José de la Colina
3. PARA / CAÍDAS*
Rogelio Guedea
4. LA NOCHE ES LUZ DE UN SOL NEGRO*
Edgar Omar Avilés
5. PULPO EN SU TINTA Y OTRAS FORMAS DE MORIR*
Will Rodríguez
6. EL SÍNDROME DE ESQUILO*
Vicente Alfonso
7. CORPUS: FICCIONES SOBRE FICCIONES*
Alejandro Toledo
8. EN LA MIRADA DEL AVESTRUZ Y OTROS CUENTOS*
Alejandro Estivill
9. FIN DE FIESTA Y OTRAS CELEBRACIONES*
Luis Bernardo Pérez
10. ENTRE ACACIAS, VERBENAS Y ARRAYANES*
Izrael Trujillo
11. EL MAGO NATURAL Y OTROS ABRACADABRAS
Rafael García Z.
12. BOXEO DE SOMBRA*
Rodrigo Diez Gargari
13. ESTACIÓN CENTRAL
Antología
14. OTRA CEBOLLA DE CRISTAL*
Eduardo Langagne

15. DINOSAURIOS DE PAPEL. EL CUENTO BREVÍSIMO EN MÉXICO
Javier Perucho
16. CUÉNTAME LO QUE ME PASA*
Agustín del Moral Tejeda
17. CUANDO TE TOCA*
Ricardo García Mainou
18. TU PÁRVULA BOCA /2.ª ed.*
Ignacio Trejo Fuentes
19. EL VAQUERO MÁS AUTÉNTICO QUE EXISTIÓ /2.ª ed.
Ignacio Trejo Fuentes
20. DISPARADOS A LA LUNA*
Roberto Azcorra Cámara
21. MI VIDA CON LAS MUJERES
Arturo Trejo Villafuerte
22. POLVO ROJO
Daniel Herrera
23. ESTACIÓN CENTRAL BIS
Antología
24. CAÍDA LIBRE*
Carlos Martín Briceño
25. SEIS CUENTOS SEIS Y UNO DE REGALO*
Jorge F. Hernández
26. DEL ALEPH A GUERNICA*
Juan Marcelino Ruiz
27. CARTA DEL APÓSTOL SAN BLAS A LOS PARRALENSES
Blas García Flores
28. CIERRO LOS OJOS Y TE MIRO*
Elvira Aguilar
29. LÁGRIMAS SONORAS*
Rebeca Mata
30. LAS MANOS DEL TAHÚR*
Jaime Muñoz Vargas
31. RE / CUENTOS FAMILIARES*
Godofredo Olivares
32. TURBULENCIA DOSMILONCE
NARRATIVA MICHOACANA ACTUAL

33. CREPÚSCULO DEL CAMALEÓN
Roger Metri
34. CIEN FICTIMÍNIMOS. MICRORRELATARIO DE FICTICIA
Alfonso Pedraza (compilador)
35. PUNTO DE FUGA*
Elizabeth Flores
36. LADRÓN DE DINOSAURIOS*
Eric Uribares
37. LOS MARIACHIS ASESINOS*
Marcial Fernández
38. EL LIBRO DE LOS SERES NO IMAGINARIOS (MINIBICHARIO)
José Manuel ortis Soto (antólogo)
39. ESTACIÓN CENTRAL TRIS
Antonio Calera-Grobet / Marcial Fernández (antólogos)
40. INTERRUMPIMOS ESTE PROGRAMA
Kurt Hackbarth
41. BRÚJULAS*
Mónica Sánchez Escuer
42. OFELIA DESVARÍA /2.ª ed.
Raúl Dorrá
43. EL ESPEJO DEL SOLITARIO
Víctor Roberto Carrancá
44. MONTEZUMA'S REVENGE
Carlos Martín Briceño
45. MINIFICCIONISTAS DE EL CUENTO. REVISTA DE IMAGINACIÓN
Alfonso Pedraza (antólogo)

«ELLOS SABEN SI SOY O NO SOY»
DE ELPIDIA GARCÍA DELGADO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MARZO DEL AÑO 2014
EN LOS TALLERES DE EDICIONES M Y M S. DE R.L. DE C.V.
CONRADO PELAYO NÚM. 33, COL. TLAHUAC, C.P. 13200,
MÉXICO, D.F.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.